

AULA ORIENTALIS

Revista de estudios del Próximo Oriente Antiguo

VOLUMEN XII



EDITORIAL AUSA

Apdo. 101 – 08280 SABADELL (BARCELONA), SPAIN

AULA ORIENTALIS

Revista de estudios del Próximo Oriente Antiguo

VOLUMEN XII



EDITORIAL AUSA

Apdo. 101 – 08280 SABADELL (BARCELONA), SPAIN

Consideraciones sobre el Tarsis bíblico

A. Padilla Monge – Universidad de Sevilla

[This paper presents an analysis of the diverse theories, ancient and modern, on the location of Taršiš, cited repeatedly in the Bible, concluding that the toponymic, archaeological, epigraphic and literary sources seem to indicate Tarša-Tarsus, in Cilicia, as the most likely location.]

Introducción

Hace algunos años, C. González Wagner¹ defendía que “dada la profusión de interpretaciones en uno y otro sentido no sería del todo inconveniente abandonar de momento la cuestión del Tarsis bíblico, hasta la aparición de nuevos elementos de juicio”. No sabemos con certeza si han surgido nuevos elementos de juicio, pero, el hecho de enfrentarnos con el comentario histórico de parte de las fuentes literarias recopiladas en los *Testimonia Hispaniae Antiquae*, exactamente con algunas de aquellas en las que aparece citado Tarsis, nos ha obligado a volver sobre tan debatida cuestión y a definir nuestra postura sobre la probable ubicación de dicho lugar. Es posible que las circunstancias hayan cambiado poco desde que C. González Wagner planteara sus dudas acerca de la conveniencia de realizar estudios sobre el Tarsis bíblico, pero, es probable que los datos acumulados hasta la fecha permitan una interpretación desde una óptica distinta. Esta es nuestra intención y con esta finalidad redactamos las siguientes líneas.

Tarsis en la Biblia

Tarsis, nombre propio de un progenitor epónimo mítico. Según la erudición decimonónica, el Pentateuco actual es resultado de la combinación de cuatro cuerpos o fuentes literarias, conocidas como Yahvista, Elohística, Deuteronomica y Sacerdotal, pertenecientes a los siglos X, IX, VII y V a.C. Investigaciones posteriores pusieron de manifiesto que dichas fuentes no eran documentos originales, sino que eran a su vez colecciones de textos anteriores, correspondientes a escritos de escuelas teológicas y literarias, a textos oficiales y a tradiciones orales finalmente fijadas por la escritura.

E. Lipiński² sitúa la referencia a Tarsis contenida en la “Tabla de los pueblos”³ no antes de fines

1. “Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica”, *Gerión* 5 (1987), p. 323.

2. “Carthage et Tarshish”, *Bi. Or.* 45 (1988), p. 64.

3. *Gn.* 10.5= *I Chr.* 1.7.

del siglo VII a.C. Sin embargo, esta datación no se opone al presumible hecho de que la “Tabla de los pueblos” enumere y clasifique, desde la óptica del razonamiento mítico, los nombres de los progenitores epónimos —personajes considerados reales por los redactores bíblicos, pero obviamente míticos para nosotros— de distintos pueblos sucesivamente conocidos por los hebreos a lo largo de varios siglos.

Según la “Tabla de los pueblos”, los descendientes de Jafet fueron Gómer, Magog, Maday, Yawán, Tubal, Mésec y Tirás.⁴ Por su parte, los descendientes de Yawán fueron Alisa, Tarsis, kitios y rodanios o quizá danunios, pues la corrección de la lectura *dodanim* en *rodanim* conoce la alternativa *danunim*:

“Descendientes de Yawán: Alisa, Tarsis, kitios y rodanios / danunios”.⁵

“Descendientes de Yawán: alasio, Tarsis, kitios y rodanios / danunios”.⁶

Alisa (*’Ališah*) y Tarsis (*Taršiš*) son presentados como los progenitores epónimos de los habitantes de dos lugares, mientras que en los otros dos casos el texto bíblico se inclina por utilizar —de forma excepcional— el gentilicio para nombrar probablemente a los habitantes de Kitión (*kitim*), en la isla de Chipre, y, si se sigue la corrección usualmente admitida, a los πόδιοι o habitantes de Rodas (*rodanim*) o, si se admite la corrección alternativa, a los *danunim*, que pueden identificarse suficientemente con los *du-na-nu* citados en una inscripción de Tiglatpileser III⁷ y los *da-nu-na* nombrados en una carta de el-Amarna,⁸ en una inscripción del rey Kilamuwa de Y’dy-Sam’al,⁹ del año 825 a.C., y en la inscripción de Azitawadda,¹⁰ hallada en Karatepe, que suele datarse a finales del siglo VIII a.C., pero que puede remontarse a la segunda mitad del siglo IX a.C.;¹¹ en ella, Azitawadda aparece como rey de los danunios o de Adana (*Adaniya*, en hitita), Estado de Cilicia a cuyos habitantes puede referirse el texto bíblico que comentamos. Por otra parte, estos *danuna* pueden identificarse con los *denyen*, uno de los “Pueblos del Mar” que atacaron Egipto, durante el reinado de Ramsés III.¹²

Algunos filólogos han puesto en relación la palabra *Taršiš* con la raíz semítica $\sqrt{ršš}$ (“fundir”), de modo que vendría a significar “mina” o “fundición”,¹³ pero también se ha traducido por “mar abierto”¹⁴ y por “tierra de las piedras preciosas”.¹⁵ Sin embargo, estos significados y otros propuestos,¹⁶ en el hipotético caso de que se hubieran elaborado, no pueden hacer olvidar el hecho fundamental de que, en la Biblia, Tarsis es el nombre propio del progenitor epónimo (mítico) de los habitantes de un territorio o de un lugar determinado, como defendía R. D. Barnett.¹⁷ Parece evidente que, en cierto momento, algunos e incluso todos los nombres de los pueblos a los que correspondían los antedichos proge-

4. Gn. 10.2-3= I Chr. 1.5.

5. Gn. 10.4.

6. I Chr. 1.7.

7. *Sammlung von assyrischen und babylonischen Texten*, Berlin 1890, p. 10.

8. EA 151.

9. KAI 24.

10. KAI 26.

11. G. Kestemont, “Les phéniciens en Syrie du Nord”, *Studia Phoenicia. III. Phoenicia and its Neighbours*, Louvaine-la-Neuve 1985, p. 136.

12. N. K. Sandars, *The Sea Peoples. Warriors of the Ancient Mediterranean*, London 1978, p. 161; G. Bunnens, “I Filistei e le invasioni dei Popoli del Mare”, *Le origini dei Greci. Dori e Mondo Egeo*, Roma & Bari 1984, p. 232.

13. W. F. Albright, “New Light on the Early History of Phoenician Colonization” *BASOR* 83 (1941), pp. 21-22; P. Cintas, *Céramique punique*, Paris 1950, p. 578; Hitti, *History of Syria*, London 1951, p. 104.

14. J. Bright, *La Historia de Israel*, Bilbao 1985, p. 258.

15. U. Täckholm, “El concepto de Tarsichich en el Antiguo Testamento y sus problemas”, *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Barcelona 1969, pp. 79-90.

16. Por ejemplo, C. Gordon, “The Wine-dark Sea”, *JNES* 37 (1978) pp. 51-52, propone que el término *Taršiš* se formó a partir de la raíz *trš*—presente en *tirōš* (“vino”, en el sentido de “vino tinto”)— y significaba “mar vino tinto”.

17. *A Catalogue of the Nimrud Ivories in the British Museum*, London 1957.

nitores epónimos tuvieron un significado preciso en cada una de las lenguas a las que pertenecían o en la del pueblo a través del cual parece que los hebreos llegaron a conocer a bastantes de aquéllos, los asirios, pero, de aquí no se deduce necesariamente que dichos significados fueran conocidos por los hebreos. En este sentido, el caso de Tarsis no tiene por qué ser una excepción.

El único caso atestado en la Biblia de utilización del término Tarsis como nombre común es aquel en el que sirve para nombrar cierta piedra preciosa o semipreciosa;¹⁸ pero, es más que probable que el nombre de dicha piedra no sea sino resultado de la reducción de la frase “piedra de Tarsis” al elemento que expresa el carácter más diferenciador de la piedra en cuestión, esto es, el de su origen “tarsisiano”.

Así pues, defendemos que, para los redactores de la Biblia, Tarsis es el nombre propio del progenitor epónimo de los habitantes de un lugar, como ocurre con los restantes personajes directamente relacionados con Tarsis que aparecen reseñados en la bíblica “Tabla de los pueblos”.

En efecto, los “descendientes de Jafet” pueden identificarse, con bastante probabilidad, con los siguientes pueblos: Gómer, con los cimerios (*gamir*, en inscripciones asirias); Maday, con los medos (*madai*, en inscripciones asirias); Yawán, con los jonios o, como defiende G. Kestemont,¹⁹ con las ciudades griegas de Chipre y la costa de Cilicia; Tubal, con el Estado neohitita de Tabal (*Tabala*, en inscripciones asirias) o, en un sentido más amplio, con las regiones del Taurus Medio;²⁰ Mésec, con los *muski* de las inscripciones asirias o, si se quiere, con la zona de Frigia frontera con Cilicia,²¹ y Tirás, con los *tereš* —uno de los “Pueblos del Mar” que atacaron Egipto durante el reinado de Merenptah—, que han sido puestos en relación con *Taruiša* y situados en la Tróade.²² Magog, quizá siguiéndose lo afirmado por Flavio Josefo,²³ ha sido usualmente identificado con los escitas. Es posible que así sea; pero debe reseñarse que no se ha hallado hasta el presente término alguno que pueda relacionarse suficientemente, desde el punto de vista filológico, con el bíblico Magog. No falta quien relaciona Magog con un personaje, Gog, a quien el profeta Ezequiel dedicó un encendido oráculo y a quien presenta como “caudillo y adalid de Mesec y Tubal”.²⁴ Algunos comentaristas de la Biblia piensan que el nombre Gog es pura ficción;²⁵ pero, en el probable caso de que la relación entre Magog y Gog existiese, no es descabellado situar a Magog en un entorno geográfico similar al ocupado por los restantes “hijos de Jafet”. En este sentido, no nos resistimos a proponer que el bíblico Gog no es otro que el “*Guggu*, rey de *Luddi*” nombrado en el archivo de Asurbanipal (668-627 a.C.), personaje a su vez identificable con Giges, rey de Lidia. Por su parte, el término Magog puede ser relacionado con Gog y traducido por “Tierra de Gog”, pues el radical *ma-* indica morfológicamente “nombre de lugar”.

De esta relación, se deduce que la Biblia entronca con Jafet a los pueblos que habitaban Asia Menor y las regiones periféricas de esta zona, incluidas las islas adyacentes.

Por lo que respecta a los “hijos de Yawán”, que son los que más directamente interesan para nuestro propósito, la Biblia parece identificarlos, como indica G. Kestemont,²⁶ con las ciudades griegas de Chipre y la costa de Cilicia o, más probablemente, con pueblos de estos dos lugares, fueran o no de origen griego, pero de alguna manera relacionables, identificables o confundibles con los griegos. Pueden proponerse, pues, las siguientes identificaciones: Alisa, con el Estado de *Alasi(y)a*, en Chipre; kitios, con los habitantes de Kitión, en Chipre, y danunios y rodanios —la lectura alternativa— con los

18. Ex. 28.20, Ez. 28.13.

19. “Les phéniciens en Syrie...”, p. 141.

20. Véase G. Kestemont, “Les phéniciens en Syrie, p. 141.

21. G. Kestemont, *Ibidem*.

22. N. K. Sandars, *The Sea Peoples...*, p. 163; G. Bunnens, “I Filistei e le invasioni dei Popoli...”, p. 232.

23. J. AJ 1.123.

24. Ez. 38.2.

25. Véase, por ejemplo, L. Alonso Schökel & J. L. Sicke Díaz, *Profetas. Comentario. II*, Madrid 1980, p. 825.

26. “Les phéniciens en Syrie...”, p. 141.

habitantes de la región de *Adaniya* y con los de la isla de Rodas, respectivamente. La ubicación de Tarsis, por razones obvias, queda en suspenso.

Tarsis, nombre de lugar. Con el sentido de lugar o país, Tarsis aparece reseñado en varias ocasiones: “Volved a Tarsis, ululad habitantes de la costa”.²⁷

“Vuelve a tu tierra, gente de Tarsis; el puerto no existe ya”.²⁸

“Les daré una señal y, de entre ellos, despacharé supervivientes a las naciones: a Tarsis, Etiopía, Libia, Masac, Tubal y Grecia”.²⁹

“Por algo me adelanté a huir a Tarsis”.³⁰

Como en el caso de sus “hermanos” y “tíos”, Tarsis es el nombre de un personaje (mítico) construido a partir del nombre de un lugar habitado. En este sentido, no vemos la razón por la que sólo Tarsis deba ser considerado el único nombre propio de la serie que esconde un concepto abstracto —por otra parte, difícil de admitir en una mentalidad aún dominada por el razonamiento mítico— que haría referencia a una realidad geográfica ambigua, como se ha propuesto,³¹ cuando en los restantes casos, como se ha visto, la relación entre progenitor epónimo y *territorio concreto* es evidente.

Tarsis, lugar con un rey. Según un texto datado en torno al 650 a.C., Tarsis poseía un rey:

“[...] que los reyes de Tarsis y de las islas te paguen tributo”.³²

Esta circunstancia, sin embargo, no aporta un dato especialmente distintivo con respecto a otros lugares.

Tarsis, importante centro comercial. También se deduce de la Biblia que Tarsis era un importante centro comercial, especializado en el tráfico de ciertos metales. Así, el profeta Ezequiel afirmaba que Tarsis comerciaba con Tiro, a cuyos habitantes entregaban determinados metales a cambio de unos géneros tirios no especificados:

“Tarsis comerciaba contigo por tu opulento comercio: plata, hierro, estaño y plomo te daban a cambio”.³³

E. Lipiński³⁴ remonta esta referencia al siglo VI a.C., pero el empleo del verbo en pasado implica que Ezequiel estaba refiriéndose a tiempos pretéritos.

Por su parte, Jeremías presenta Tarsis como lugar del que se importaba plata laminada:

“De Tarsis importaban plata laminada”.³⁵

Este texto se sitúa en el siglo V a.C., pero puede aplicársele lo dicho para el anterior.

De ambos textos parece deducirse que Tarsis era un lugar cuyos habitantes comerciaban con Tiro, pero esto no implica necesariamente —aunque tampoco lo excluye— que el mismo Tarsis fuera productor de las riquezas que intercambiaba con los tirios. La actividad comercial de los habitantes de Tarsis, que pudo centrarse fundamentalmente en la intermediación, parece deducirse de Ezequiel, aunque no puede rechazarse de plano que el profeta estuviera refiriéndose a los comerciantes de diferentes lugares que podían frecuentar Tarsis:

“Los mercaderes de Tarsis y todos sus traficantes”.³⁶

27. *I Is.* 23.6.

28. *I Is.* 23.10.

29. *III Is.* 66.19.

30. *Jon.* 4.2.

31. J. Alvar, “Aportaciones al estudio del Tarshish bíblico”, *RSF* 10 (1982), p. 229.

32. *Psal.* 72.10.

33. *Ez.* 27.12.

34. “Carthage et Tarshish”..., p. 64.

35. *Jer.* 10.9.

36. *Ez.* 38.13.

Tarsis, probablemente, un lugar relativamente cercano a Palestina. Ya se dijo que la Biblia entronca con Jafet a los pueblos que habitaban Asia Menor y las regiones periféricas de esta zona, incluidas las islas adyacentes, y a los hijos de Yawán con las ciudades griegas de Chipre y la costa de Cilicia o, quizá mejor, con pueblos de estos lugares, fueran o no de origen griego, pero de alguna manera relacionables, identificables o confundibles con los griegos. De aquí puede deducirse que Tarsis no se hallaba excesivamente lejos de Palestina.

Esta presumible relativa cercanía podría desprenderse de una cita de la Biblia de la que parece deducirse que las comunicaciones entre la costa palestina y Tarsis eran, en cierta medida, corrientes y que no existía excesiva dificultad para encontrar, en algunos puertos de Palestina, un navío que fuera a zarpar en dirección a Tarsis; nos referimos a la historia de Jonás, quien embarcó en Jafa con dirección a Tarsis:

“Se levantó Jonás para huir a Tarsis, lejos del Señor; bajó a Jafa y encontró un barco que zarpara para Tarsis; pagó el precio y embarcó para navegar a Tarsis, lejos del Señor”.³⁷

Hay otro texto bíblico que podría dar a entender que Tarsis se hallaba extremadamente cerca de Chipre; nos referimos a aquel en que Isaías, en su oráculo contra Tiro, afirma:

“Ululad naves de Tarsis, porque está destruido vuestro puerto. Al volver de Chipre les dieron la noticia”.³⁸

Por otra parte, se ha propuesto, a partir de *Psal.* 72.10 y *II Is.* 60.6-9 que Sabá —muy probablemente situada en el suroeste de Arabia— y Tarsis definían en la cosmografía bíblica los extremos oriental y occidental respectivamente del mundo conocido.³⁹ Sin embargo, aún en época de Estrabón y de Pomponio Mela —cuando la concepción que se tenía del mundo conocido se mantenía bastante alejada de la actual y muy probablemente era más cercana a la de los habitantes del Próximo Oriente— se pensaba que Arabia se desarrollaba fundamentalmente de norte a sur, de forma que Sabá se concebía situada al sur de Fenicia y Palestina. Así pues, quien quiera defender que Sabá y Tarsis definían extremos deberá admitir que éstos podrían ser el sur y el norte, respectivamente. En cualquier caso, no debe olvidarse que la representación mítica de la realidad geográfica no se caracteriza especialmente por la precisión en la ubicación de los lugares y que puede inducir a error elevar conclusiones de las descripciones geográficas elaboradas a partir del razonamiento mítico, si para ello se parte sólo del conocimiento geográfico actual.

Las “naves de Tarsis”. Existen varias referencias en la Biblia a la “flota” o las “naves de Tarsis”:

“Contra todas las naves de Tarsis”.⁴⁰

“[...] porque el rey [Salomón] tenía en el mar una flota de Tarsis”.⁴¹

“Josafat se construyó entonces una flota de Tarsis”.⁴²

“Contra todas las naves de Tarsis”.⁴³

“Ululad naves de Tarsis, porque está destruido vuestro puerto.”⁴⁴

“Ululad naves de Tarsis”.⁴⁵

“Los navíos que acuden a mí, en primera línea las naves de Tarsis”.⁴⁶

“Naves de Tarsis transportaban tus mercancías”.⁴⁷

37. *Jon.* 1.7.

38. *I Is.* 23.1.

39. M. Elat, “Tarshish and the Problem of Phoenician...”, p. 58.

40. *I Is.* 2.16.

41. *I Re.* 10.22.

42. *I Re.* 22.49.

43. *I Is.* 2.16.

44. *I Is.* 23.1.

45. *I Is.* 23.14.

46. *III Is.* 60.9.

47. *Ez.* 27.25.

“Como viento del desierto que destroza las naves de Tarsis”.⁴⁸

Parece evidente que la frase “naves de Tarsis”, que en un principio probablemente se utilizó exclusivamente para referirse a las embarcaciones que habitualmente iban a Tarsis —debemos suponer que preferentemente para el comercio metalífero, actividad que exigía un tamaño superior al de otras embarcaciones, fluviales o utilizadas en una navegación únicamente de cabotaje—, acabó sirviendo para nombrar a las naves capacitadas para viajar a larga distancia, fuera o no Tarsis su destino, como ha sido propuesto en varias ocasiones por diversos autores⁴⁹ y como puede deducirse del Libro de los Reyes:

“Josafat se construyó entonces una flota de Tarsis para ir por oro a Ofir”.⁵⁰

E. Lipiński⁵¹ concluye que no parece que el Antiguo Testamento mencione “barco de Tarsis” alguno antes de la segunda mitad del siglo VIII a.C. Según dicho autor, la más antigua referencia sería la de *I Re.* 22.49, pues se remontaría a Josafat (c. 873-848 a.C.), mientras las de *I Is.* 2.16 y *Psal.* 48.8 se situarían en la segunda mitad del siglo VIII a.C., *I Is.* 23.1 y *I Is.* 23.14 en época de Asarhadón (681-669) y las menciones de *Ez.* 27.25 y *III Is.* 60.9 en los siglos VI-V a.C.

Con respecto a *I Re.* 10.22, E. Lipiński⁵² propone que el rey Hiram nombrado debe identificarse con Hiram II de Tiro (c. 736-729 a.C.) y el rey hebreo quizá con Ajaz, rey de Judá. Esta propuesta parte del presupuesto de que las relaciones de Tiro con *Taršiš* —que E. Lipiński identifica con *Ταρτησσός*— son impensables en época de Salomón. Estas relaciones parecen poco probables, como se verá más adelante, si se identifica Tarsis con *Ταρτησσός*, pero perfectamente factibles si se admite la identificación de *Taršiš* con un punto mucho más cercano a la costa fenicia.

A la búsqueda de Tarsis

No descubrimos nada nuevo si afirmamos que ubicar Tarsis, partiendo sólo de las afirmaciones contenidas en la Biblia, no es un objetivo especialmente fácil, pues las referencias bíblicas carecen de los datos imprescindibles para situar geográficamente dicho lugar con precisión. Esta carencia quizá se deba al hecho de que la ubicación de Tarsis era suficientemente conocida en Israel y regiones del entorno inmediato, cuando Tarsis estaba en su esplendor, pero no puede descartarse la posibilidad de que los mismos redactores de la Biblia desconocieran su exacta situación, pues es éste un dato de escaso interés para la representación mítica de la realidad geográfica.

Por otra parte, la forma del topónimo empleada en la Biblia para nombrar el lugar que nos ocupa no estuvo lo suficientemente generalizada ni contó con la suficiente tradición posterior, superada por el uso de otras formas del topónimo, como para que la imprecisión geográfica bíblica se viera compensada por la aportación de la toponimia.

Desde la época helenística, se sucedieron los intentos de ubicar en el espacio un Tarsis cuya exacta situación geográfica la Biblia no establecía, cuyo nombre bíblico no parecía corresponder plenamente a lugar alguno en especial y cuya aureola de riqueza, a la que se había visto ligado en épocas pretéritas, no servía de carácter distintivo —menos aún si el Tarsis bíblico había dejado de ser el emporio que fue—, sino que podía ser aplicado a diversos lugares.

A pesar de todos los inconvenientes antes expuestos, la investigación ha intentado hallar la solución al problema planteado. Como resultado, han sido fundamentalmente cuatro los lugares en los que

48. *Psal.* 48.8.

49. Para G. Bunnens, *L'expansion phénicienne en Méditerranée. Essai d'interprétations fondée sur une analyse des traditions littéraires*, Roma & Bruxelles 1979, p. 348, las “naves de Tarsis” eran los barcos concebidos para navegar en dirección occidental.

50. *I Re.* 22.49.

51. “Carthage et Tarshish”..., p. 64.

52. *Idem*, p. 63.

los eruditos, tanto antiguos como actuales, han situado Tarsis; tres de ellos —Cartago, un lugar de la costa del océano Índico y el suroeste de la península Ibérica (Ταρτησσός)— son lugares relativamente alejados de Palestina; el cuarto —la ciudad de Tarso— ocupaba un lugar mucho más cercano a dicha región. Veamos, siguiendo el orden con el que hemos reseñado los lugares propuestos por los investigadores, qué conclusiones podemos elevar, en cada caso, de los datos puestos a nuestra disposición.

Identificación de Tarsis con Cartago

En la versión griega de los Libros Proféticos del Antiguo Testamento, se traduce Tarsis por Καρχηδών o por Καρχηδόνιοι en los pasajes relativos al comercio fenicio⁵³ o que mencionan a los traficantes de Tarsis⁵⁴. Pero en otros lugares, la versión griega de los *Septuaginta* simplemente transcribe el término Tarsis, sin identificarlo con lugar alguno. Esta identificación de Cartago con Tarsis se mantuvo en siglos posteriores⁵⁵ y ha sido defendida por P.-R. Berger,⁵⁶ aduciendo, entre otras razones, que el nombre griego de Cartago deriva de *krkdwn* (“piedra preciosa”), etimología que la lengua griega, según J. Gil,⁵⁷ parece desaconsejar (Καρχηδόν= Cartago; Χαλκεδόν= “calcedonia”).

La cronología admitida para la fundación de Cartago, esto es, fines del siglo IX a.C.,⁵⁸ impide cualquier intento de situar en Cartago el Tarsis citado en los textos relativos a Salomón y Josafat.

Identificación de Tarsis con un lugar en la costa del Océano Índico

Algunos textos bíblicos,⁵⁹ en los que probablemente se basó Suidas para afirmar que el lugar llamado Θαρσείς, de donde traía el oro Salomón, se encontraba en el Índico (Θαρσείς, Χώρα τῆς Ἰνδικῆς, ὅθεν ἦλθεν τὸ Σολομῶνι τὸ Χρυσίον), han inducido a no pocos estudiosos a postular la ubicación de Tarsis en la misma dirección que Ofir,⁶⁰ incluso en lugares como Suppara (India) y Ceilán,⁶¹ situados más allá del mar Rojo.

El primero de los textos bíblicos antedichos dice así:

“[...] porque el rey [Salomón] tenía una flota que iba a Tarsis con los siervos de Hiram y cada tres años volvían las naves de Tarsis cargadas de oro, plata, marfil, monos y pavos reales”.⁶²

El segundo, por su parte, afirma:

“Josafat de Judá se alió con Ocozías de Israel, aunque éste era un malvado. Lo hizo para construir una flota con destino a Tarsis; construyeron las naves en Éçyôn Géber. [...] Efectivamente, las naves zozobraron y no pudieron ir a Tarsis”.⁶³

Estos textos no sólo han inducido a pensar en la ubicación de Tarsis en dirección a Ofir, sino que también han propiciado la elaboración de una teoría que explicaba el carácter itinerante de Tarsis, en función del cambio del punto de aprovisionamiento de ciertas riquezas.⁶⁴ Sin embargo, cree-

53. *I Is.* 23, *Ez.* 27.12.

54. *Ez.* 38.13. Esta localización aparece también en Eusebio de Cesarea y San Jerónimo.

55. E. Lipiński, “Carthage et Tarshish”..., pp. 61-62.

56. “Eliasar, Tarshish und Jawan. Gn 14 und 10”, *WO* 13 (1982), pp. 64 & ss.

57. *Gerión* 4 (1986) p. 379, n. 1.

58. Véase G. de Frutos Reyes, *Cartago y la política colonial. Los casos norteafricano e hispano*, Écija 1991, pp. 17-25.

59. *II Chr.* 9.21, *II Chr.* 20.35-37.

60. H. L. Lorimer, *Homer and the Monuments*, London 1950.

61. R. D. Barnett, *A Catalogue of the Nimrud Ivories...*, p. 168.

62. *II Chr.* 9.21.

63. *II Chr.* 20.35-37.

64. U. Täckholm, “Tarsis, Tartessos und die Säulen des Herakles”, *Opuscula Romana* 5 (1965), pp. 143 & ss.; “El concepto de Tarsis en el Antiguo Testamento...”, pp. 79 & ss.; “Neue Studien zum Tarsis-Tartessos Problem”, *Opuscula Romana* 10 (1974), pp. 41 & ss.

mos que no hace falta recurrir a esta explicación ni a la que defiende la ubicación de Tarsis en dirección a Ofir.

En efecto, ambos textos, pertenecientes a las *Crónicas* —cuya composición se produjo, según algunos indicios, en el paso del siglo V a.C. al IV— se basan directamente en otros textos anteriores. El primero —*II Chr.* 9.21— sigue lo dicho en una cita del Libro de los Reyes:

“Nada de plata, a la que en tiempos de Salomón no se le daba importancia; porque el rey tenía en el mar una flota de Tarsis, junto con la flota de Hiram, y cada tres años llegaban las naves cargadas de oro, plata, marfil, monos y pavos reales”.⁶⁵

Como es evidente, en *I Re.* 10.22 nada se dice de “una flota que iba a Tarsis”, como por el contrario hace *II Chr.* 9.21, sino que eran “naves de Tarsis”, frase probablemente empleada con el sentido de tipo de barco al que nos hemos referido más arriba. La presumible errónea interpretación de este texto del Libro de los Reyes por el cronista es manifiesta⁶⁶ y parece denotar el olvido del sentido de la frase “naves de Tarsis”, expresión técnica caída en desuso, según M. Koch,⁶⁷ en los siglos V-IV a.C., es decir, cuando se estaban componiendo las *Crónicas*.

Por otra parte, E. Lipiński⁶⁸ prefiere la siguiente traducción de *I Re.* 10.22 y *II Chr.* 9.21:

“Una vez cada tres años, un barco de Tarsis llegaba cargado de oro, plata, marfil de elefante, estiletes y hachas”.

El cambio de “monos y pavos reales” por “estiletes y hachas” se adecuaría mejor, según el autor, a la realidad de los productos importados desde Iberia; pero, esta sustitución sólo exige tener que buscar en otro lugar la fuente de aprovisionamiento de la “flota” o de los “barcos de Tarsis”.

El texto de *II Chr.* 20.35-37 interpreta, también de manera *sui generis*, una cita del Libro de los Reyes que viene a decir lo que sigue:

“Josafat se construyó entonces una flota de Tarsis para ir por oro a Ofir, pero no pudo zarpar porque la flota naufragó en Éçyôn Géber”.⁶⁹

E. Lipiński⁷⁰ argumenta que en este pasaje se insertó la referencia Tarsis después de la redacción deuteronomista de los Libros de los Reyes, que se sitúa hacia el siglo VI a.C. Según dicho investigador, el pasaje en cuestión interrumpe el esquema habitual de los finales deuteronomistas que cierran el reinado de cada rey; así, el *Codex Vaticanus* de los Setenta cuenta el episodio en *I Re.* (*III Re.*) 16.28f; el *Codex Alexandrinus* lo sitúa en el mismo lugar que la Biblia hebrea, pero no menciona Tarsis; el texto de *II Chr.* 20.35-37 no nombra Ofir y Flavio Josefo⁷¹ habla de una expedición con destino al Ponto y Tracia, además de no nombrar para nada Éçyôn Géber.

Si se admite que las naves estaban surtas en Éçyôn Géber (en el golfo de Aqaba) y se dirigían a Ofir —como dice *I Re.* 22.49— es evidente que no iban a Tarsis, como afirma *II Chr.* 20.35-37. También en este segundo caso estaríamos ante una probable errónea interpretación del texto del Libro de los Reyes por parte del cronista, debida a la misma razón antes expuesta.

Si el *Codex Alexandrinus* sitúa el pasaje de Josafat en el mismo lugar que la Biblia hebrea, pero no menciona Tarsis, parece evidente que las naves no iban a dicho lugar, zarparan de donde zarparan.

Si Flavio Josefo habla de una expedición con destino al Ponto y Tracia, además de no nombrar para nada Éçyôn Géber, parece asimismo evidente que las naves no iban a Tarsis, partieran de donde partieran.

65. *I Re.* 10.22.

66. J. Alvar, “Aportaciones al estudio del Tarshish...”, pp. 224-225; “La precolonización y el tráfico marítimo fenicio por el Estrecho”, *Congreso Internacional “El Estrecho de Gibraltar”*. Ceuta-Noviembre 1987, Madrid 1990, p. 432.

67. *Tarschish und Hispanien*, Berlin 1984.

68. “Carthage et Tarshish”..., pp. 64-74.

69. *I Re.* 22.49.

70. “Carthage et Tarshish”..., p. 64.

71. *J. AJ* 8.6.4.

Identificación de Tarsis con Ταρτησσός

La identificación de Tarsis con Ταρτησσός, ya propuesta durante el Imperio Romano Tardío,⁷² ha sido defendida por multitud de historiadores a partir del siglo XVI.⁷³

Una razón que ha permitido elaborar la teoría que defiende la identificación de *Taršiš* con Ταρτησσός ha sido la parcial coincidencia fonética entre ambos términos. Incluso se ha identificado un radical *trt* / *trs* en la lengua indígena (¿una de las lenguas indígenas?) del suroeste peninsular.⁷⁴ Pero, puede proponerse la existencia de una raíz indígena del tipo **trt-*, como hace L. A. García Moreno⁷⁵ a partir de los términos “turdetanos”, “túrdulos” y “tartesios”, sin que de ello se derive la indefectibilidad de la ecuación *Taršiš* = Ταρτησσός.

Otro argumento esgrimido es el empleo por parte de Polibio de los términos Μαστία Ταρσηίων⁷⁶ y θερσίται μαστιανοί,⁷⁷ en los que Ταρσηίων y θερσίται no serían —se aduce— sino dos denominaciones distintas de un mismo pueblo, el de los **ταρσει*, identificable tanto con los tartessios como con los habitantes de Tarsis.⁷⁸ Pero, como indica J. Gil,⁷⁹ los testimonios de Polibio carecen de valor probatorio de la identificación de Tarsis con Ταρτησσός. En efecto, como argumenta dicho autor, si se admite —como parece ser la única opción— que Μαστία y Ταρσηίων conforman una unidad indisoluble en la primera cita polibiana, los θερσίται μαστιανοί nombrados por Polibio no pueden ser considerados dos pueblos diferentes, sino uno solo. Defender que θερσίται μαστιανοί y tartessios son un mismo pueblo obliga a admitir que Tarsis no estaría situado en el territorio que mayoritariamente se le asigna a Ταρτησσός, es decir, en el bajo valle del Guadalquivir y costa onubense-gaditana, sino en alguna parte de la región habitada por los mastienos,⁸⁰ esto es, la costa mediterránea entre el río *Chrysus*⁸¹ (Guadiaro, en las provincias de Cádiz y Málaga) y la región de Cartagena (Murcia). Como subraya J. Gil,⁸² la argumentación de M. Koch permite situar Tarsis allí donde no se halla Ταρτησσός⁸³ o, al menos, donde generalmente no se suele situar, es decir, en la costa sureste de Iberia, ubicación ésta de Ταρτησσός que, por otra parte, no carece de partidarios.⁸⁴

Con respecto al Tarsis aludido en la inscripción *CIL* V.6134, G. Fatás⁸⁵ afirma que lo único que se desprende del epígrafe es que Andrés Alciato, por quien se conoce el texto de la inscripción y a

72. Θαρσεΐς ἢ Βατικκί [F. Wutz (ed.), *Onomastica Sacra. Untersuchungen zum Liber Interpretationis Nominum Hebraicorum des Hl. Hieronymus*, Leipzig 1914-1915, pp. 195, 697 & 722].

73. A. González Blanco, “¿Tarsis= Tartessos? Origen, desarrollo y fundamentos de la adecuación historiográfica”, *Hispania Antiqua* 7 (1977) pp. 133 & ss.

74. M. Koch, *Tarschish und Hispanien...*

75. “Turdetanos, túrdulos y tartessios. Una hipótesis”, *Estudios sobre la Antigüedad en homenaje al profesor Santiago Montero Díaz, Gerión*, anejo 2 (1989), p. 294; véase también F. Villar, “Los nombres de Tartessos”, *Habis* 26 (1995), pp. 243-270.

76. Plb. 3.24.2.

77. Plb. 3.33.9.

78. M. Koch, *Tarschish und Hispanien...*, p. 109.

79. *Gerión* 4 (1986), pp. 379-380.

80. Los θερσίται μαστιανοί se corresponderían parcial o totalmente con los mastianos (μαστιανοί) citados por Esteban de Bizancio, a partir de Hecateo [Hecat.> St. Byz., “Μαστιανοί” (A. Meineke, I, 436)], con los que Avieno (Avien. *OM* 422) llama massienos (*massieni*) y con los mastienos (μαστιηνοί) citados por el mismo Esteban de Bizancio en otros lugares [St. Byz., “Μαινοβόρα”, “Σιζος” y “Μολυβδίνη” (F. Jacoby, *FGrH* I, 16, f 42; 17, ff 43-44)]. Por su parte, *Mastia*, quizá la población más importante de los mastianos, es la llamada *urbs Massiena* por Avieno (Avien. *OM* 452), Μασσία por Teopompo [Theopomp.> St. Byz. “Μασσία” (Müller, *FHG* I, f. 224)] y Μαστία por Polibio (Plb. 3.24.1); su identificación con la romana *Carthago Noua* y la actual Cartagena parece la más probable.

81. Avien. *OM* 419-422.

82. *Gerión* 4 (1986), p. 380.

83. Véase también G. Fatás, “¿Alude a España el “Tarsis” de *CIL* V 6134?”, *Hispania Antiqua* 7 (1977), p. 131.

84. Véase N. Sureda, *Las fuentes sobre Tartessos y su relación con el sureste peninsular*, Murcia 1979.

85. “¿Alude a España el “Tarsis”...”, p. 132.

quien presumiblemente se debe la composición de la parte derecha del epigrama reflejado en la supuesta inscripción latina, "era un buen conocedor de la Biblia y de la literatura grecolatina".

A pesar de estos intentos de pretendidas bases filológicas, una lectura atenta de todas las citas bíblicas en las que se emplea el término Tarsis como topónimo permite concluir que ninguna de ellas invita a pensar especialmente, aún menos exclusivamente, en la región que, al parecer, las fuentes griegas llamaron Ταρτησσός.

La identificación de Tarsis con Ταρτησσός no sólo implica admitir la ubicación de un progenitor epónimo mítico en el extremo occidental del Mediterráneo, aún más, en la costa atlántica, una región excesivamente alejada de Israel y territorios vecinos, sino, sobre todo, la presencia de los tirios, *sensu stricto*, por las costas suroccidentales de Iberia al menos desde mediados del siglo X a.C.; una presencia que debe imaginarse estable si se tiene en consideración el texto bíblico, escrito probablemente con anterioridad al 586 a.C., que parece hacer alusión a la abundancia de plata en el Estado de Salomón:

"Toda la vajilla del rey Salomón era de oro y todo el ajuar del salón Bosque del Líbano era de oro puro; nada de plata, a la que en tiempos de Salomón no se le daba importancia, porque el rey tenía en el mar una flota de Tarsis, junto con la flota de Hiram".⁸⁶

La alta cronología atribuida a ciertos hallazgos ha propiciado la elaboración de una hipótesis que defiende la existencia de un periodo de intercambios precoloniales que se extendería entre los siglos XI y VIII a.C., ambos incluidos. Entre los defensores de esta hipótesis se halla M. Almagro Gorbea,⁸⁷ para quien "los objetos que pueden ser situados entre los siglos XI y VIII a.C. son relativamente más numerosos y variados de lo que se supone, sobre todo si se añaden a los objetos reales las representaciones de otros, conservados en estelas". Estos objetos son los escudos, tanto los de escotadura en V como otros asimilables a paralelos orientales (todos, representados en estelas); los cascos de la ría de Huelva, "Las Herencias" y, tal vez, Solana de los Barros, que además plantean la posibilidad del origen oriental de los cascos con cuernos representados en las estelas; los cuencos de Berzocana y de Nosa Senhora da Guia; los asadores; los ganchos para carne; los soportes sobre ruedas con decoración de bronce trenzado en Y de Nosa Senhora da Guia, con paralelos especialmente numerosos en Chipre; las representaciones en estelas de liras y, quizá, calcofones; las fíbulas de codo y asimilables y las relacionables con las de violín; algunos broches de cinturón; los peines de marfil (reales y representados en estelas); los carros representados en estelas y los barcos de "Laja Alta" (Jimena de la Frontera, Cádiz). A esta serie, según M. Almagro Gorbea,⁸⁸ habría que añadir la posible introducción del hacha de apéndices laterales y la de empuñadura directa y, sobre todo, las primeras evidencias del uso del hierro.

Obviamente, de la lista propuesta por M. Almagro Gorbea, deben excluirse los objetos datados exclusivamente en el VIII a.C., siglo al que, por razones obvias, no cabe considerar dentro de la etapa de contactos precoloniales.

Con respecto a aquellos otros objetos situables en los siglos XI y X a.C., debe destacarse que tanto los reales como los representados en estelas servirían para presuponer, en cualquier caso, una etapa "protoorientalizante" y de contactos precoloniales en el centro y sur de Portugal, Extremadura y la Meseta,⁸⁹ pero jamás en el entorno inmediato del santuario de *Melqart* ni de *Gadir*. Pero, además, sólo puede defenderse la existencia de una etapa "protoorientalizante" durante los siglos XI y X a.C. en las zonas indicadas a partir de una interpretación de los datos arqueológicos que sólo tiene en con-

86. *I Re.* 10.21-22.

87. "Arqueología e Historia Antigua; el proceso protoorientalizante y el inicio de los contactos de Tartessos con el Levante mediterráneo", *Estudios sobre la Antigüedad en homenaje al profesor Santiago Montero Díaz, Gerión*, anejo 2 (1989), pp. 280-282; "El periodo orientalizante en Extremadura", *La cultura tartésica y Extremadura*, Mérida 1990, pp. 89-90.

88. "Arqueología e Historia Antigua...", p. 282.

89. Véase M. E. Aubet Semmler, "Algunas consideraciones en torno al periodo orientalizante tartésico", *Pyrenae* 13-14 (1977-1978), p. 91, y M. Almagro-Gorbea, "El periodo orientalizante en Extremadura"..., pp. 88-90.

sideración los elementos "orientales" de dichos objetos y únicamente relaciona dichos objetos con la cuna de sus prototipos más lejanos en el tiempo, sin considerar que una idea o una imagen pueden surgir en varios sitios a la vez o que, si se trata de casos de difusión debidamente confirmados, las vías indirectas, aunque más lentas, pueden ser tan efectivas como las directas, a la hora de la transmisión de ideas y objetos. Desde la óptica de la teoría que defiende la existencia de una etapa "protoorientalizante" sólo a partir de ciertos rasgos "orientales" detectados en determinados objetos, una patata adquirida hoy en un mercado de Madrid sería de inequívoco origen "americano".

La presencia en Iberia de los objetos, reales o representados en estelas, que han sido esgrimidos como datos para defender la existencia de una etapa "protoorientalizante" tiene una explicación más considerada con la demostrada existencia de otras vías que comunicaban oriente con occidente; más respetuosa con una gran cantidad de objetos o de sus representaciones, perfectamente relacionables con los que aquí nos importan, hallados fuera del entorno del Mediterráneo Oriental; más coherente con la implicación de Iberia en el entramado de intercambios que se estaba produciendo en Europa Occidental durante el Bronce Final y más adecuada a la más o menos precisa cronología que la Arqueología, si no se siente obligada por la datación de los lejanos prototipos orientales y por la necesidad de relacionarlos necesaria y directamente con los ejemplares ibéricos, puede atribuir a cada uno de ellos.

En efecto, por una parte, todos los objetos a los que nos venimos refiriendo pueden ser ubicados durante los siglos X al VIII a.C.; no quiere esto decir que algunos de ellos no puedan ser situados en el siglo XI a.C., pues, probablemente sí lo sean, sino que, en cualquier caso, también son datables en alguno de los siglos inmediatamente posteriores. Pero, por otro lado, y lo que es más importante, su presencia en Iberia, exactamente en la parte de esta península en la que han aparecido, se explica perfectamente, como se ha adelantado, por la red de intercambios que se desarrolló en el Bronce Final en Europa Occidental, circuito que permitió la difusión de objetos fundamentalmente, aunque no exclusivamente, de bronce entre las costas oceánicas y las del Mediterráneo Occidental. Obviamente, no puede negarse el origen "oriental" de muchos, por no decir todos, de los prototipos, pero debe subrayarse el papel primordial desempeñado por los grupos humanos pertenecientes a la cultura de los "campos de urnas" y el secundario desarrollado por las islas del Mediterráneo en la transmisión a occidente de tipos directamente tomados del mundo micénico o más ampliamente del Mediterráneo Oriental.⁹⁰ El lapso temporal existente entre la datación de los prototipos orientales y la que la cronología "cerrada" del occidente europeo impone a las versiones finales ibéricas —lapso que obliga a los defensores de los contactos directos a elevar innecesariamente la fecha de llegada de los comerciantes orientales a las costas ibéricas— es fiel reflejo de y se explica por el relativamente lento proceso de transmisión de unos objetos cuya circulación —condición *sine qua non* para una posterior imitación o versión local—, en su mayoría dependería de un aristocrático comercio de *πρήξις*.

Otro asunto bien distinto es admitir la presencia de fenicios por las costas portuguesas durante la etapa final del siglo IX a.C., se les considere o no responsables de la existencia en la zona de objetos relacionables más o menos directamente con materiales del siglo IX a.C. originarios del Mediterráneo Oriental, porque, por aquellos mismos momentos, parece bastante evidente que dicha presencia también estaba produciéndose en el territorio al que, al parecer, los griegos dieron el nombre de *Ταρτησσός*.

Así, el proceso de concentración habitacional en la región suroeste, que J. Alvar⁹¹ relaciona directamente con el contacto de los grupos indígenas con los fenicios, cuya presencia debió de actuar como factor de cambio, se produjo sólo a finales del siglo IX a.C., y no antes, con la aparición de los poblados indígenas de *Asta*, "Monte Berrueco", Montemolín, "Mesa de Setefilla", Carmona, "Colina de los

90. Véase un análisis detallado en M. C. Fernández Castro, *Arqueología protohistórica de la Península Ibérica (siglos X a VIII a.C.)*, Madrid 1988, pp. 143-611.

91. "La precolonización y el tráfico marítimo...", pp. 442-445.

Quemados”, *Acinippo* y “Cabezo de San Pedro”,⁹² en donde, por cierto, se han hallado testimonios orientales situables en el siglo IX a.C.⁹³

Por otra parte, los “orientales” que se aventuraron hasta el extremo occidente durante el siglo IX a.C. pudieron ser tirios o sidonios, pero no existen elementos de juicio que impidan pensar que no fueron exclusivamente ni siquiera fundamentalmente estos “orientales” los protagonistas. En este sentido, no debe desestimarse la posibilidad de que algunos de los orientales que se aventuraron durante la etapa final del siglo IX a.C. por Iberia fueran sirios y chipriotas, gentes que pueden ser considerados dentro del amplio término de *φοίνικες*, que, en origen, designaba a los habitantes de la costa siria, Chipre, Rodas y la costa sur de Anatolia.⁹⁴

Cabe plantear, además, la hipótesis de que la actividad de estos *φοίνικες* pudo provocar, mediante el aumento numérico, la diversificación y la mayor calidad de los objetos ofrecidos a los indígenas, un mayor interés de grupos asentados entre el Duero y el Guadiana por la adquisición de cada vez mayor cantidad y diversidad de metales con los que potenciar los intercambios con los orientales. Este interés pudo concretarse en el movimiento hacia el sur, a fin de explotar la región minera de Sierra Morena, si es que el movimiento no fue consecuencia de una “ola de avance” por razones pecuarias de algunos de los grupos previamente asentados entre el Duero y el Guadiana, que acabaron por asentarse en el Bajo Guadalquivir, llevando consigo los rasgos “pseudoprotoorientalizados” que les eran propios. En cualquier caso, la región del suroeste se convirtió en un foco de actividad minera —en este caso, con el cobre y la plata como objetivos prioritarios en la explotación— y, como se dijo, aparecieron por entonces en el bajo valle del Guadalquivir los primeros poblados presumiblemente correspondientes a los llegados del norte inmediato. Las potencialidades de intercambio de esta nueva región fueron explotadas por una parte muy concreta de los *φοίνικες*, los tirios, a quienes cabe atribuir la creación del santuario de *Melqart*, en el tramo final del siglo IX a.C., y la fundación de la factoría de *Gadir* y del poblado atestigüado en el “Castillo de Doña Blanca”, en el primer cuarto del siglo VIII a.C.⁹⁵

Con relación a *Gadir*, se ha propuesto que este emporio se fundó en el extremo del archipiélago gaditano para acoger a la población atraída por los florecientes intercambios que se habían estado produciendo durante la etapa final del siglo IX a.C. y que probablemente tuvieron como escenario fundamental el santificado y neutral entorno del santuario de *Melqart*, recinto cuya creación hay que situar con anterioridad a la fecha fundacional de *Gadir*.⁹⁶ Pero, todavía la época de Salomón queda bastante alejada de los años finales del siglo IX a.C.

La conversión del entorno inmediato de la región minera del suroeste en punto central de los intercambios y en escenario principal del proceso “orientalizante” no significó la conversión del foco nucleado por la desembocadura del río Tajo en zona deprimida, puesto que la zona se mantuvo como

92. Véase J. L. Escacena Carrasco & M. Belén Deamos, “Sobre la cronología del horizonte fundacional de los asentamientos tartésicos”, *Cuadernos del Suroeste*, 1991, pp. 9-33.

93. Véase D. Ruiz Mata, “Huelva; un foco temprano de actividad metalúrgica durante el Bronce Final”, *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Barcelona 1989, pp. 209-243; “Aportación al análisis de los inicios de la presencia fenicia en Andalucía Suroccidental, según las excavaciones del Cabezo de San Pedro (Huelva), S. Bartolomé (Almonte, Huelva), Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) y El Carambolo (Camas, Sevilla)”, *Homenaje a L. Siret*, Sevilla 1985, pp. 537-540.

94. Véase A. M. Bisi, “Modalità e aspetti degli scambi fra oriente e occidente fenicio in età precoloniale”, *Momenti Precoloniali nel Mediterraneo Antico*, Roma 1988, p. 210, y S. F. Bondi, “Problemi delle precolonizzazione fenicia nel Mediterraneo Centro-occidentale”, *Momenti Precoloniali nel Mediterraneo Antico*, Roma 1988, pp. 244-246.

95. La fecha transmitida por la tradición literaria para la fundación de *Gadir*, que presumiblemente sólo pretende subrayar la antigüedad del enclave, presenta todos los inconvenientes inherentes a las dataciones elaboradas a partir de reconstrucciones y cálculos extremadamente artificiales, fundamentalmente basados en premisas apriorísticas —como la amplitud temporal asignada a una “generación”, por ejemplo—, que conceden poca verosimilitud (credibilidad, toda la que el investigador, en un acto de fe, quiera concederle) al resultado final; véase P. James, *Siglos de oscuridad. Desafío a la cronología tradicional del mundo antiguo*, Barcelona 1993, pp. 309-315.

96. Véase M. C. Marín Ceballos, “Reflexiones en torno al papel económico-político del templo fenicio”, *Homenaje a José M^e Blázquez. II*, Madrid 1993, pp. 349-362.

foco secundario —dada su importancia en el tráfico de chatarra de bronce— y como escenario del proceso “orientalizante”, ya a partir de los contactos directos con los orientales, ya como consecuencia de las influencias llegadas desde el valle del Guadalquivir.

Por otra parte, la mención de la plata, el hierro, el estaño y el plomo como géneros intercambiados entre Tarsis y Tiro⁹⁷ tampoco es un dato concluyente, pues estos metales no son productos exclusivos del suroeste de Iberia. A esto debemos sumar que, según los datos aportados por la Arqueología, ni siquiera entre los siglos VIII-VI a.C., la plata, el hierro, el estaño y el plomo fueran metales exportados a la vez y en cantidades importantes desde el suroeste peninsular. No es difícil imaginar la situación si nos remontamos a siglos anteriores al VIII a.C.

Con respecto a la plata, según C. Domergue,⁹⁸ en sólo 25 de los 115 yacimientos de Sierra Morena y del suroeste y sureste peninsular en los que se documentan actividades extractivas durante la edad del Bronce y con anterioridad al siglo X existen algunos indicios que podrían relacionarse hipotéticamente con el beneficio de la plata. Fue a partir del siglo VIII a.C., cuando las minas del distrito de Huelva produjeron plata en abundancia, como lo prueban los hallazgos de Riotinto, Tarsis,⁹⁹ Huelva y Niebla, pero se sabe poco, por no decir nada, de las de Cartagena-Mazarrón y de las de la Sierra Morena Central y Oriental.¹⁰⁰ De todas formas, parece deducirse de varias fuentes literarias antiguas¹⁰¹ que el territorio de Ταρτησσός se transformó, a partir del siglo VIII a.C. y no antes, en un activo centro de producción y exportación de plata hacia el Mediterráneo Oriental,¹⁰² lo suficiente, al menos, como para que la tradición literaria griega así lo reflejara.

Por lo que respecta al hierro, los autores antiguos señalan como zonas productoras Turdetania¹⁰³ y el norte de Iberia. En el suroeste de Iberia, según A. Blanco y B. Rothemberg,¹⁰⁴ la única mina en la que se benefició algo de hierro con anterioridad al siglo V a.C. fue la de “Río Columbel”. Por su parte, C. Domergue¹⁰⁵ admite la probabilidad de que, durante el Bronce Reciente, se produjera hierro en Riotinto, según podría pensarse a partir de los hallazgos efectuados en las “Mesas de los Pinos”, pero, también se plantea el mismo autor¹⁰⁶ hasta qué punto la mayor presencia de objetos de hierro en el sur peninsular a partir del siglo VIII a.C. se debió a la progresiva explotación de los óxidos del distrito de Huelva. En cualquier caso, no existen indicios concluyentes de que, en la región minera del suroeste, el beneficio del hierro alcanzara los niveles obtenidos por el de la plata. Incluso en época romano-republicana, el beneficio de hierro sólo se atestigua, aunque no de forma concluyente, en Riotinto y Aljustrel,¹⁰⁷ mientras en época imperial, a estos dos lugares se sumó la explotación de la “Sierra de las Estrellas”, en el distrito de Los Pedroches.¹⁰⁸ Por el contrario, la riqueza en hierro del entorno inmediato de la costa sur mediterránea —una zona que no ha suministrado hasta el presente datos relacionables con

97. Ez. 27.12, Jer. 10.9.

98. *Les mines de la péninsule Ibérique dans l'Antiquité romaine*, Roma 1990, pp. 127-129.

99. Se recuerda que este topónimo es consecuencia de la errónea identificación de *Taršiš* con Ταρτησσός y que se impuso a posteriori.

100. C. Domergue, *Les mines de la péninsule Ibérique...*, p. 151.

101. Stesich.> Str. 3.2.11, Ps. Arist. *Mir.* 135, D.S. 5.35.3-5. Hdt. 1.165 y 4.152 no nombra explícitamente la plata, pero es probable que haga referencia a ella implícitamente.

102. Como destaca J. A. Pérez Macías, “Poblados, centros mineros y actividades metalúrgicas del cinturón ibérico de piritas, durante el Bronce Final”, *Tartessos, 25 años después: 1968-1993*, en prensa, la producción de plata en el suroeste de la península Ibérica se revalorizó cuando esta zona quedó integrada en los circuitos de intercambios mediterráneos.

103. Str. 3.2.8.

104. *Exploración arqueometalúrgica en Huelva*, Barcelona 1981, pp. 81, 96 & 107.

105. *Les mines de la péninsule Ibérique...*, p. 131.

106. *Idem*, pp. 151-152.

107. C. Domergue, *Les mines de la péninsule Ibérique...*, pp. 190-191.

108. *Idem*, pp. 202-203.

una etapa “protoorientalizante” y “precolonial”— parece que fue aprovechada por los colonos fenicios asentados en dicha costa¹⁰⁹ a partir de la segunda mitad del siglo VIII a.C.

En relación al estaño, debe recordarse que los yacimientos peninsulares más importantes de minerales estanníferos se hallan al norte del río Mondego (Galicia y la región de los ártabros) y que, como se dijo con antelación, muy probablemente las relaciones de los mercaderes “orientales” con los habitantes de la región “pseudoprotoorientalizada” se produjeron en torno al suministro de dicho metal. En el sur, por el contrario, sólo la “Sierra de Cartagena” posee un yacimiento estannífero, del que sólo se puede afirmar que pudo ser explotado durante la época argárica.¹¹⁰ Por otra parte, según C. Domergue,¹¹¹ el pasaje de Avieno según el cual el río *Tartessus* “hace rodar, con sus aguas, limaduras de pesado estaño y arrastra el preciado metal junto a sus murallas”¹¹² debe ponerse en relación con la afirmación del Pseudo-Scymnos¹¹³ de que la ciudad de *Ταρτησσός* hacía venir el estaño de la Céltica. La llegada de estaño a *Gades-Tartessus*¹¹⁴ aparece también reflejada, más o menos poéticamente, en otras fuentes.¹¹⁵

El aprovisionamiento de estaño parece que era factible para los tirios establecidos en *Gadir*,¹¹⁶ pero, queda por dilucidar cuándo la cantidad de este metal llegado al emporio tirio fue lo suficientemente elevada como para convertir Iberia en un punto de primera magnitud en el abastecimiento de los mercados del Mediterráneo Oriental.

A este respecto, J. Millán León¹¹⁷ defiende que los testimonios arqueológicos invitan a pensar que los gaditanos no llegaron a contactar directamente con las zonas productoras de estaño —situadas, como se dijo, al norte del río Mondego— sino durante el siglo VI a.C. Como explica este autor, no existen testimonios de la presencia fenicia al norte del río Mondego con anterioridad a dicho siglo VI a.C. Así pues,

109. Véase H. Schubart & O. Arteaga, “El mundo de las colonias fenicias occidentales”, *Homenaje a L. Siret*, Sevilla 1986, p. 512 y A. Suárez, P. Aguayo, M. Carrilero, J. L. López Castro & C. San Martín, “Abdera: una colonia fenicia en el sureste de la Península Ibérica”, *MM* 30 (1989), pp. 135-150.

110. Cl. Domergue, *Les mines de la péninsule Ibérique...*, p. 130.

111. *Idem*, p. 10.

112. Avien. *OM* 296 & ss.

113. Ephor.> Scymn. 162.

114. Varios textos antiguos (Arr. *An.* 2.16.4-6, Avien. *OM* 85, 267-270; Plin. *NH* 4.120; Io. Lyd. *De ost.* 38.1-8; Sil. 16.114-116) se hacen eco de la identificación —no tan disparatada, como a veces se afirma— de *Gadir* / *Gades* con la “ciudad de *Ταρτησσός*”. Como defiende J. Alvar, “Tartessos-ciudad = Cádiz. Apuntes para una posible identificación”, *Estudios sobre la Antigüedad en homenaje al profesor Santiago Montero Díaz, Gerión*, anejo 2 (1989), pp. 295 & ss., a quien seguimos, *Gadir* fue, desde todos los puntos de vista, la primera y durante algún tiempo la única ciudad de un territorio llamado *Ταρτησσός* por los griegos (con este sentido de nombre de región aparece en Pherecyd.> Schol. *A.R.* 4.1396 [Jacoby, *FGrH* I, 65, f 17]; Hdt. 1.163; Timae. [Müller, *FHG* I, f 193]; Apollod. *Bibl.* 2.5.10; Avien. *OM* 223-224; Anacr. [Page, *PMG* 361]; Hecat.> St. Byz. “*Ἐλιβυργή*” [Jacoby, *FGrH* I, 16, f 38]; *Ταρτησσις* en Eratosth.> Str. 3.2.11).

La factoría tiria, que había surgido como un simple “recinto amurallado” (*he gadir*), se convirtió en “la ciudad de *Ταρτησσός*” y, por esta vía, aunque no se trataba de un poblado indígena, *Gadir* pasó a ser considerada la “ciudad de *Ταρτησσός*”, a pesar del posterior desarrollo del urbanismo en el suroeste de la península Ibérica. La identificación *Gadir* / *Gades* con la “ciudad de *Ταρτησσός*” tiene pues su justificación, aunque *Gadir* no fuera exactamente *Ταρτησσός*.

La importancia adquirida por *Gadir* en todo el Mediterráneo se reflejó, entre otros hechos, en la conversión de un nombre común referido a un establecimiento de unas determinadas características (*HGDR*= *he gadir*; también *GDR*= *'gadir*) en el nombre propio por excelencia de una ciudad (*GDR*= *Gadir*, *Γάδειρα* en las fuentes griegas). De esta forma, la noción de “ciudad de *Ταρτησσός*” fue perdiendo fuerza frente al nombre de *Gadir* y con ello también la antigua identificación. Como consecuencia, el binomio *Gadir*-“ciudad de *Ταρτησσός*” quedó en parte roto y se abrió el camino hacia la búsqueda de la “ciudad de *Ταρτησσός*” como entidad distinta de *Gadir* (App. *Hisp.* 63; Plin. *NH* 3.7; Mel. *D.ch.* 2.96; Paus. 6.19.3). De todas formas, como puede comprobarse a partir de los textos citados, este fenómeno tampoco fue mayoritario, pues las fuentes literarias antiguas no cayeron tan sistemáticamente en el olvido, aunque ciertas dudas surgidas en torno a la identificación de la “ciudad de *Ταρτησσός*” han propiciado errores de bulto en la historiografía moderna.

115. Eust. comm. a D.P. 337; St. Byz. “*Ταρτησσός*” (Meineke I, 606).

116. J. Alvar, “La precolonización y el tráfico marítimo...”, p. 443. Estrabón (Str. 3.5.11) afirma que las Casitérides tenían minas de estaño y plomo y que en la antigüedad, los fenicios fueron los únicos que realizaron viajes regulares a dichas islas desde *Gades*, manteniendo secreta a todo el mundo esta ruta que permitía el aprovisionamiento de estaño y plomo.

117. *Gades y el mar*, Sevilla 1994 (tesis doctoral inédita).

desde presumiblemente el siglo IX a.C. y hasta el siglo VII a.C., los fenicios tuvieron que conformarse con la chatarra de bronce que los indígenas de la costa portuguesa, fundamentalmente los situados en el entorno de la desembocadura del Tajo, conseguían acumular. Esta chatarra se componía de objetos de diversas procedencias pero de circulación corriente en las regiones implicadas en el circuito de intercambios atlántico-mediterráneo occidental del Bronce Final. Como subraya J. Millán León, una vez que los gaditanos controlaron directamente las fuentes de aprovisionamiento de estaño, el suroeste peninsular —progresivamente implicado en el comercio argentífero— dejó de participar en el circuito del Bronce Atlántico y los objetos correspondientes dejaron de aparecer en dicho territorio.

En relación al plomo, se ha adelantado que, a partir del siglo VIII a.C., las minas del distrito de Huelva produjeron plata, pero también que no existen datos para afirmar lo mismo sobre las del sureste (distritos de Cartagena-Mazarrón y de Almería) ni de las de la Sierra Morena Central y Oriental. Sin embargo, fueron de estas últimas de las que, a partir de la época romano-republicana, se extrajo plomo en abundancia, pues en las minas de los distritos de Huelva y el Alemtejo —fundamentalmente en Riotinto y Aljustrel, respectivamente— las condiciones eran algo distintas. En efecto, S. Rovira Llorens¹¹⁸ subraya que el sistema empleado en la extracción de plata del cinturón pirítico del suroeste consistía en la obtención, mediante la fusión de jarosita y plomo, de plomo argentífero, que, tras la copelación, entregaba el régulo de plata; pero, por otra parte, Cl. Domergue¹¹⁹ destaca que, en dichas minas del suroeste, las condiciones de los yacimientos de plata son especiales, en cuanto que la extracción de dicho metal por copelación exigía más plomo del existente en los yacimientos, por lo que había que recurrir a la importación de plomo. No parece, pues, que la zona minera del suroeste se constituyera en una región especialmente exportadora de plomo.

En resumen, podemos asumir que la explotación generalizada de la región minera de la que podrían haber salido varios de los metales citados en la Biblia en relación a Tarsis se produjo a partir de finales del siglo IX a.C., pero debe admitirse que esto se produjo bastante tiempo después —tal vez más de un siglo— de la época de Salomón e Hiram I.

E. Lipiński¹²⁰ defiende que la opinión que remonta la expedición a Tarsis a la época de Salomón no tiene punto de apoyo alguno. Como este autor admite la identificación de Tarsis con Ταρτησσός, podemos darle la vuelta a su afirmación diciendo que la opinión que remonta la expedición a Ταρτησσός a la época de Hiram I y Salomón no tiene punto de apoyo alguno. Otra cuestión bien distinta es si se habla de las expediciones de Hiram I y Salomón a Tarsis.

Puede aducirse que las afirmaciones presentes en la Biblia referidas a las actividades comerciales “internacionales” de Salomón, especialmente aquellas que se refieren a los contactos del rey hebreo con Tarsis, son productos de reconstrucciones posteriores a la fecha de los hechos que se pretenden narrar y que dichas afirmaciones, fijadas por escrito con bastante posterioridad, sólo pretenden remontar a un reinado supuestamente glorioso —que la investigación histórica ha situado a mediados del siglo X a.C.— una serie de hechos, entre ellos la llegada de una serie de metales desde Tarsis, que, en realidad, sucedieron en los siglos VIII a.C. y posteriores. Sin embargo, no deja de ser contradictorio que cuando se fijaron los textos referidos a Tarsis, es decir, durante el siglo VI a.C., la actividad tiria en occidente y sus relaciones con un supuesto “Tarsis” occidental no se correspondían exactamente con la prepotencia comercial que la ciudad fenicia efectivamente había alcanzado, en dicho escenario, a partir de finales del siglo IX a.C., mientras que los textos parecen adecuarse manifiestamente al activísimo comercio desarrollado por Tiro en el oriente mediterráneo, aquí incluido el “Tarsis” oriental, durante los siglos X y IX a.C.

118. “De metalurgia tartésica”, *Tartessos, 25 años después: 1968-1993*, en prensa.

119. *Les mines de la Péninsule...*, pp. 194-195.

120. “Carthage et Tarshish”..., p. 74.

Identificación de Tarsis con Tarso

Durante el siglo I d.C., Flavio Josefo, en sus *Antigüedades judías*, identificaba, al menos en dos ocasiones, el Tarsis bíblico con Ταρσός en Cilicia. En la primera cita, Flavio Josefo relaciona tres de los cuatro hijos de Yawán —omite el último hijo— con tres regiones bien concretas, afirmando que Θάρσος —el *Taršiš* bíblico— dio origen a los tarsios, añadiendo que Θάρσος era el nombre antiguo de Cilicia:

“Javán, hijo de Jafet, también tuvo tres hijos: de éstos, Halisas dio su nombre a los haliseanos —los actuales eolios— y Tharso a los tarsios; el último era el antiguo nombre de Cilicia, como se demuestra por el hecho de que su principal ciudad y capital se llame Tarso”.¹²¹

En otra parte, Flavio Josefo especifica que Jonás embarcó en Jope (Jafa) y marchó a Tarso (Ταρσός), en Cilicia:

“Jonás embarcó en Jope y marchó a Tarso, en Cilicia”.¹²²

Por último, parafraseando *I Re.* 10.22 afirma:

“El rey [Salomón] tenía muchos barcos situados en el mar Társtico, como se llamaba, a los que ordenaba traer toda clase de mercancías”.¹²³

Otras fuentes literarias antiguas¹²⁴ también identifican Tarsis con Tarso. Veamos hasta qué punto es verosímil esta identificación, también defendida por parte de la historiografía actual¹²⁵ y no tan actual.¹²⁶

Tarso, nombre de lugar. El nombre de Tarso corresponde a un lugar bien determinado de la costa de Cilicia, esto es, el que ocupa la actual Gözlükule. Tanto en su forma hitita —*Tarša*¹²⁷—, como griega —Ταρσός—, esta palabra parece mantener mayor parecido fonético con *Taršiš* que Ταρτησσός. Sin embargo, entendidos en la materia defienden que, desde un punto de vista fonético, es imposible identificar Tarsis con Tarso. El razonamiento seguido es el siguiente: Ταρσός se transcribe en las lenguas semíticas como *Trz*¹²⁸ (*Tarzu* y *Tarzi* en acadio;¹²⁹ *Trz* en las monedas de Tarso con leyenda en arameo), mientras que en la forma hitita, *Tarša*, el carácter sonoro de la sibilante /š / podía estar acentuado si se juzga por la transcripción acadia en z. Todo esto es incompatible —se argumenta— con la presencia de una š en hebreo. Además, se aduce que la vocal *i*, presente en la forma hebrea *Taršiš*, no puede relacionarse con la forma hitita *Tarša* ni la acadia *Tarzu*.¹³⁰

Si se sigue estrictamente el argumento fonético, podría llegarse a la conclusión de que *Tarša* y Ταρσός son dos poblaciones distintas. Por otra parte, es muy probable la existencia de una forma del topónimo Tarso distinta de la aramea, la acadia y la griega. Nos referimos al término asirio *Tarsisi*.

121. J. AJ 1.127.

122. J. AJ 9.208.

123. J. AJ 8.181.

124. Eust.a.D.P. 195, Scol. Lyc. 653, entre otras.

125. Entre otros, C. Torr, *Ancient Ships*, Chicago 1964 (reimp. de 1895); G. Conteneau, *La civilisation phénicienne*, Paris 1949, p. 235; H. L. Lorimer, *Homer and the Monuments...*, pp. 65 & ss.; R. D. Barnett, “Early Shipping in the Near East”, *Antiquity* 32 (1958), pp. 226-227; J. Bérard, *L’expansion et la colonisation grecques jusqu’aux guerres médiques*, Paris 1960, p. 169; F. Villard, *La céramique grecque de Marseille (VI^e-IV^e siècle). Essai d’Histoire économique*, Paris 1960.

126. L. Marineo Sículo, *Cosas memorables de España*, VI, fol. xliii^v, 1539.

127. A. Goetze, “Kitzawatna and the Problem of Hittite Geography”, *YOZ* 22 (1940), pp. 54.21, 56 & 62.30; J. Garstang & O. R. Gurney, *The Geography of the Hittite Empire*, London 1959, p. 61; G. F. del Monte & J. Tischler, *Die Orts- und Gewässernamen der hethitischen Texte*, Wiesbaden 1978, p. 408 (citados por M. Elat, “Tarshish and the Problem of Phoenician Colonisation in the Western Mediterranean”, *OLP* 13 (1982), p. 57).

128. W. Tyloch, “Le problème de Tarshish à la lumière de la philologie et de l’exégèse”, *II Congrès International d’Étude des Cultures de la Méditerranée Occidentale. II*, Argel 1978, p. 48.

129. S. Parpola, *Neo-Assyrians Toponyms*, Kevelaer & Neukirchen-Vluyn 1970, p. 349.

130. R. Lebrun, “L’Anatolie et le monde phénicien du X^e au IV^e siècle av.J.-C”. *Studia Phoenicia. V. Phoenicia and the East Mediterranean in the First Millenium B.C.*, Louvaine-la-Neuve 1987, pp. 27-28.

En efecto, un país *Tarsisi* aparece citado en una inscripción del rey asirio Assarhaddón (681-669), epígrafe que H. J. Katzenstein¹³¹ relaciona con la derrota sufrida por Egipto y Tiro frente al rey asirio, en el 671 a.C., pues en la coalición antiasiria probablemente participaron algunos reyes de *Hatti*:

“Los reyes del medio del mar, todos ellos del país de Yadnan, del país Yaman hasta el país *Tarsisi* se inclinan bajo mis pies”.¹³²

El país de Yadnan (*Iadnana*) se identifica con Chipre o con una parte de la isla, mientras que el país de Yaman (*Iaman*) es parte del conocido por Yawán en la Biblia. El Yaman asirio excluye *Tarsisi* y Yadnan (Chipre), mientras que el Yawán hebreo incluye Tarsis y kitios. El territorio comprendido por el país Yaman y el país *Tarsisi* vendría a ser la parte de la costa sur de Asia Menor directamente enfrentada a Chipre.

G. Garbini¹³³ afirma con respecto al topónimo Tarsis que, distintas lenguas anatolias, comenzando por el hitita —filiación que conviene al topónimo *Tarša*¹³⁴—, construyen el plural en sibilante, de forma que *Taršiš* no es otra cosa que el plural de *Tarša*, forma que también se atestigua en griego (Ταρσῶν).

Tarso, lugar con un rey. Se ha argumentado que no se ha podido atestiguar hasta la fecha la existencia de rey de Tarso alguno, circunstancia que invalidaría la identidad entre Tarsis y Tarso. Pero, la afirmación de la Biblia —“[...] reyes de Tarsis y de las islas”¹³⁵— es excesivamente genérica.

En primer lugar, puede proponerse que es normal que los hebreos hicieran extensivo a otras comunidades el régimen de jefatura única institucionalizada que ellos mismos tenían. Además, es bastante poco probable que conocieran otro distinto, visto el entorno que los rodeaba, así como que imaginaran otra forma de poder.

En segundo lugar, puede defenderse que existe al menos un testimonio que podría estar refiriéndose al rey de Tarso, al que se nombra sea porque corresponda a la realidad de los hechos, sea por la misma razón aducida para la mención bíblica. Dicho testimonio es la recién comentada inscripción de Assarhaddón, en la que parece evidente que el plural “los reyes” también incumbe a *Tarsisi*.

Tarso, importante centro comercial. En Anatolia existen minas de oro, plata, cobre, plomo, cinc y pequeños depósitos de estaño,¹³⁶ minerales metálicos algunos de los cuales aparecen citados por Ezequiel:

“Tarsis comerciaba contigo por tu opulento comercio: plata, hierro, estaño y plomo te daban a cambio”.¹³⁷

La riqueza metalífera de Anatolia era bien conocida desde tiempos remotos. Los metales de las montañas anatolias debieron de provocar el interés de *Ebla* por la región y no dejarían de ser los principales géneros exportados a través del *kārum* de *Kaniš* hacia Asiria.¹³⁸ A. T. Olmstead,¹³⁹ que no duda en identificar Ταρσός con *Taršiš*, subraya la importancia alcanzada por esta ciudad como punto neurálgico de la exportación de la plata anatolia.

131. *The History of Tyre. From the Beginning of the Second Millenium B.C.E. until the Fall of the Neo-Babylonian Empire in 538 B.C.E.*, Jerusalem 1973, pp. 284-285; por cierto, H. J. Katzenstein propone identificar *Tarsisi* con *Tartessus* (¿?), en Cilicia.

132. *ANET* 290b.

133. “Popoli del mare’, Tarsis e filistei”, *Momenti precoloniali nel Mediterraneo Antico*, Roma 1968, p. 241.

134. Sobre la debilidad del argumento que defiende el carácter semita del topónimo Tarsis, véase G. Garbini, *I fenici. Storia e religione*, Napoli 1980, pp. 96-97.

135. *Psal.* 72.10.

136. C. W. Ryan, *A Guide to the Known Minerals in Turkey*, Ankara 1960, pp 1-62 & 75-113; R. Vaché, “Zur Geologie der Varisziden und ihre Lagerstätten im Südanatolischen Taurus”, *Mineralium Deposita* 1 (1966), pp. 37-42; *Lead, Copper and Zinc Deposits of Turkey. Publications in Mineral Research and Exploration of Turkey* 133, 1972; P. S. de Jesus, “Metal Resources in Ancient Anatolia”, *An. St.* 28 (1978), pp. 97-107 (citados por M. Elat, “Tarshish and the Problem of Phoenician...”, p. 55).

137. *Ez.* 27.12.

138. K. R. Maxwell-Hyslop, “Assyrian Sources of Iron”, *Iraq* 36 (1974), pp. 139-159.

139. *History of Assyria*, Chicago 1968, p. 534.

La existencia, desde épocas remotas, de una ruta comercial que tocaba la costa sur de la actual Turquía ha quedado bien establecida tras el hallazgo del pecio de Kas o Ulu Burun, correspondiente a un "barco" de en torno a 10 metros de eslora que se remonta al siglo XIV a.C.,¹⁴⁰ y del pecio del cabo Gelidonya, correspondiente a un navío de no más de nueve metros de eslora,¹⁴¹ de probable origen sirio, situable a principios¹⁴² o a mediados del siglo XII a.C.¹⁴³

Con respecto a Tarso, existen datos que permiten afirmar que esta población de Cilicia estuvo implicada en los intercambios comerciales a los que nos hemos referido antes. En efecto, se ha atestiguado la presencia de cerámica micénica, del Heládico Reciente IIIA-IIIC, en Gözlükule.¹⁴⁴ Desde el siglo X a.C., los fenicios mantuvieron contactos directos con Tarso.¹⁴⁵

En este sentido, G. Kestemont¹⁴⁶ destaca que, a partir del siglo X a.C. —durante el cual parece que se había estructurado una confederación fenicia en torno a Tiro— y hasta el paso del IX al VIII a.C., el golfo de Alejandreta o de Iskenderun se convirtió en uno de los puntos neurálgicos de las relaciones comerciales de los fenicios, quienes alcanzaron en los territorios circundantes una preeminencia cultural y un prestigio político acordes con sus relaciones y riqueza.

Por su parte, Salomón mantenía relaciones comerciales estables con *Kue*, Estado que rodeaba el golfo de Iskenderun, al que compraba caballos.¹⁴⁷ Estas relaciones debieron de permitir al Estado de Israel un conocimiento aún más directo de las posibilidades comerciales de Tarso como centro de aprovisionamiento de metales.

Durante el siglo IX a.C., Tarso, donde las excavaciones arqueológicas han revelado la existencia de cerámica fenicia correspondiente al 850 a.C. y años posteriores,¹⁴⁸ continuó siendo un centro de intercambios de primera magnitud en el Mediterráneo Oriental. Otros hallazgos arqueológicos confirman la activa presencia de los fenicios en Cilicia durante el siglo IX a.C.¹⁴⁹

Por aquellos momentos —según puede deducirse de las fuentes literarias— las empresas comerciales de iniciativa real, las más importantes y, sin duda, las más numerosas, se dirigían a mercados de gran tradición, que proporcionaban altos beneficios y un gran prestigio.¹⁵⁰ Pero, es muy probable que, durante el siglo IX a.C., se produjeran incursiones hacia un occidente cuya rentabilidad aún estaba por demostrarse, viajes de los que algunos pudieron ser debidos a la iniciativa privada.¹⁵¹

A partir de los inicios del siglo VIII a.C., los fenicios perdieron, a la par que se producía la intervención de Asiria en Cilicia, su preeminencia comercial en la región del golfo de Alejandreta, ante la competencia de arameos y, probablemente, griegos.¹⁵² En efecto, la presencia de cerámica griega en Tarso permite pensar que algunos helenos se habían asentado en la población —en la que probable-

140. A. J. Parker, *Ancient Shipwrecks of the Mediterranean & the Roman Provinces*, BAR International Series 580, 1992, pp. 439-440.

141. *Ibidem*.

142. M. Gras, P. Rouillard & J. Teixidor, *L'univers phénicien*, Paris 1989, p. 124.

143. A. J. Parker, *Ancient Shipwrecks...*, p. 109.

144. M. Liverani, L. Milano & A. Palmieri (dirs.), *Atlante Storico del Vicino Oriente Antico. 4.3. Anatolia: L'Impero Hittita*, Roma 1986, lám. XV; J. Boardman, *Los griegos en ultramar: comercio y expansión colonial antes de la era clásica*, Madrid 1975, p. 64.

145. M. Gras, P. Rouillard & J. Teixidor, *L'univers phénicien...*, p. 34.

146. "Les phéniciens en Syrie du Nord", *Studia Phoenicia. III. Phoenicia and Its Neighbours*, Louvaine-la-Neuve 1985, pp. 146-147.

147. *I Re.* 10.28-29= *II Chr.* 9.28.

148. R. Lebrun, "L'Anatolie et le monde phénicien...", p. 23.

149. *Idem*, p. 25.

150. G. Bunnens, "Commerce et diplomatie phénicienne au temps de Hiram I de Tyr", *JESHO* 19 (1976), pp. 1-31.

151. S. F. Bondi, "Qualche appunto sui temi della piú antica colonizzazione fenicia", *EVO* 4 (1981), p. 345.

152. G. Kestemont, "Les phéniciens en Syrie du Nord"..., p. 147.

mente se aprovisionaban de metales¹⁵³ — por la misma época que en Al-Mina.¹⁵⁴ Tiro, en respuesta a la nueva situación y a las exigencias de materias primas por parte del Estado asirio, se lanzó a la aventura comercial en dirección al Mediterráneo Occidental, región que demostraba cada día más su rentabilidad. En estos momentos cabe situar la fundación de *Gadir*, la potenciación de Cartago y la instalación de nuevas factorías en Iberia. En este sentido, se ha apuntado la posibilidad de que el origen de una buena cantidad de los colonos que llegaron a Iberia fuera el norte del Líbano, región especialmente afectada, desde el siglo IX a.C., por las incursiones militares asirias.¹⁵⁵

En efecto, en el 839, Salmanasar III realizó una campaña en el país de *Kue*, región que volvió a ser objetivo del rey asirio en 835 y 832, convirtiendo *Kue* en un estado tributario. La misma Tarso abrió sus puertas al conquistador. Con posterioridad, en torno al 720 a.C., Cilicia cayó en manos de Sargón II (722-705), y, poco después, Senaquerib (705-681) tuvo que enfrentarse a una revuelta protagonizada por los griegos de Tarso y quizá también por los helenos de Injira, si se admite la identificación de ésta con la griega *Ankhiale*.¹⁵⁶ La misma Tarso fue duramente castigada en 696 a.C.¹⁵⁷ Fuentes posteriores aluden a una batalla naval entre asirios y jonios,¹⁵⁸ que pudo producirse en el curso de esta campaña.¹⁵⁹ Como se vio con anterioridad, en torno al 671 a.C., Assarhaddón (681-669) se presentaba dueño de Tarso o *Tarsisi*.

A partir del 480 a.C., cuando el imperio persa se encontró con la necesidad del apoyo logístico naval frente a los griegos, el Rey de Reyes tuvo que conceder a Tiro, Sidón, Arwad, Cilicia, Licia, Caria y Rodas un estatuto preferente; mientras que los fenicios, desde el punto de vista económico, parecen disfrutar de una buena situación para extender sus puntos de implantación comercial en las zonas controladas por los persas.¹⁶⁰

Por último, durante las épocas helenística y romana, Tarso se mantuvo como un importante centro económico y activo puerto, aunque sin recobrar, según parece, los niveles alcanzados en los siglos iniciales del primer milenio a.C.

Tarso, un lugar relativamente cercano a Palestina. Creemos que, por razones obvias, no es necesario extendernos demasiado sobre este asunto. De todas formas, queremos comentar una determinada opinión relativa a la probable ubicación del *Tarsisi* citado en la inscripción de Assarhaddón y que hemos identificado con la región de Tarso.

Se ha defendido que los topónimos presentes en la antedicha inscripción se presentan siguiendo un orden geográfico que va de este a oeste,¹⁶¹ pero no vemos la razón para sostener esto. Por el contrario, podría proponerse una orientación —si es que realmente se sigue alguna en la inscripción— sur-norte o, tal vez, sur-noroeste, pues el primer lugar nombrado es Yadnan, es decir, Chipre, y en segundo lugar se nombran Yaman y *Tarsisi*, esto es, la costa de Cilicia que está al norte de Chipre.

Por otra parte, no queremos olvidar la conocida estela de Nora, que podría inducir a pensar, a partir de alguna que otra traducción del texto epigráfico, en la ubicación de Tarsis en un lugar bastante ale-

153. E. Cassin, J. Bottero & J. Vercoutter, *Los imperios del Antiguo Oriente. III. La primera mitad del primer milenio*, Madrid 1970, p. 261.

154. J. Boardman, *Los griegos en ultramar...*, p. 64.

155. A. M. Jiménez Flores, *Ritual funerario y sociedad en las necrópolis fenicias de época arcaica de la península ibérica*, Sevilla 1995, p. 91.

156. J. Boardman, *Los griegos en ultramar...*, p. 65.

157. *Eus.Hist. Chron.* 14.

158. *Eus.Hist. Chron.* 18.

159. J. Boardman, *Los griegos en ultramar...*, p. 65.

160. G. Kestemont, "Les phéniciens en Syrie du Nord" ..., pp. 148-149.

161. M. Elat, "Tarshish and the Problem of Phoenician..." p. 58.

jado de Tarso. Esta estela fue hallada en Cerdeña y se ha datado en torno a los finales del siglo IX a.C. La traducción propuesta por E. Lipiński¹⁶² es la que sigue:

^a “[El heraldo del rey]?”

^b [de Kitión embarcó]?

¹ en Tarsis

² y él mismo fue llevado

³ a Cerdeña. Él está

⁴ sano y salvo. Sana y

⁵ salva está la tripulación del

⁶ rey de Kitión. Construcción

⁷ que el heraldo ha edificado

⁸ para Pummy.”

Traemos a colación la lectura propuesta por E. Lipiński no porque creamos que es la más correcta, sino porque este autor defiende con ahínco la lectura *btršš* (“en Tarsis”) en la línea 1 y ello nos obliga a calibrar las consecuencias derivadas de esta traducción.

En este sentido, puede afirmarse que es plenamente admisible que se nombre Tarsis en la estela, pues el “heraldo del rey de Kitión” perfectamente pudo hacer la travesía Chipre-Tarso-Cerdeña. Si Tarsis no es nombrada en la inscripción, como otros estudiosos proponen, no ha lugar a explicación alguna en función del tema que estamos tratando.

Las “naves de Tarso”. Ταρσός, situada en un lugar rico en madera de pino y cedro, desempeñó un importante papel en la difusión por el Mediterráneo de embarcaciones dotadas de muchos remos. Esta circunstancia se ha puesto en relación con el hecho de que el término griego ταρσός también signifique “fila de remos”.¹⁶³ Por otro lado, C. Torr¹⁶⁴ y R. D. Barnett¹⁶⁵ proponen que el nombre de Tarso le fue impuesto al lugar por gentes micénicas que fundaron en él un centro de construcción de barcos de remos, capaces de navegar por mar abierto. Defienden que el nombre de Tarsis deriva de la palabra griega ταρσός, que significaba “remos” o “barco de remos”. Según la hipótesis de C. Torr y R. D. Barnett, los “barcos Tarsis” estaban equipados con una vela y muchos remos, que les permitían alcanzar mayor velocidad y les daban mayor estabilidad en mar abierto.

M. Elat¹⁶⁶ considera inaceptable esta hipótesis porque las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en Tarso han revelado que los griegos no se asentaron en dicho lugar antes de la destrucción del Estado hitita y que los helenos no llegaron a constituir una parte importante de la población de Tarso sino a partir del siglo IX a.C.

Habría que añadir que, muy probablemente, el topónimo hitita *Tarša* existió con bastante anterioridad a los posibles contactos de esta población cilicia con griegos micénicos y, por supuesto, a la segura presencia estable de griegos en Tarso, a partir del siglo IX a.C. Es más verosímil, pues, que la forma helena fuera producto de la asimilación del topónimo hitita a la palabra griega con la que mantenía una más estrecha relación fonética (ταρσός > Ταρσός).

Otra opción más difícil de admitir es —a pesar de que muy probablemente la palabra bíblica que se emplea en la frase “naves de Tarsis” para referirse a “barco” (*ny*, equivalente a la palabra cananea *anayi*) tenga la misma raíz que el griego ναύς y el latín *navis*¹⁶⁷— que el término *Taršiš*, a partir de la

162. “Carthage et Tarshish”..., p. 63.

163. G. Cornfeld (dir), *Enciclopedia del Mundo Bíblico*, Barcelona 1970, p. 284.

164. *Ancient Ships*, Chicago 1964 (reimp. 1895), pp. 2-4.

165. “Early Shipping in the Near East”, *Antiquity* 32 (1958), pp. 226-227.

166. “Tarshish and the Problem of Phoenician...”, p. 57.

167. R. D. Barnett, *JHS* 63 (1953), p. 142, n. 3.

forma Ταρσός, sea otro probable préstamo del griego a la cultura hebrea, siendo más verosímil que la forma bíblica derive directamente de la asiria.

Conclusión

Desde nuestro punto de vista, *Taršiš* es un lugar, probablemente *Tarša*-Ταρσός y su entorno inmediato, bien distinto de Ταρτησσός. J. L. Myres,¹⁶⁸ que no duda en situar a los “hijos” de Yawán en Alasa (*ʿAlišah*), Tarso (*Taršiš*), *Citium* (*kitim*) y Rodas (*rodanim*), compara esta descendencia con la leyenda griega de los Heliadas, quienes llegaron a Rodas desde el este y se asentaron en la costa occidental de Asia Menor, hasta Lesbos, leyenda cuya relación con la ocupación de las islas por los carios, tanto antes como después de la hegemonía aquea, es obvia para J. L. Myres. De ser cierta esta relación y admitiendo que el hecho llegó de alguna manera a conocimiento de los hebreos, tendríamos a nuestra disposición alguna base lógica para la consideración, por parte de los redactores de la Biblia, de los habitantes de dichos territorios como pertenecientes, al menos en un momento determinado, a un tronco común (“hijos de Yawán”).

168. “The Colonial Expansion of Greece”, *The Cambridge Ancient History. III. The Assyrian Empire*, Cambridge 1965, pp. 647-648.